

dejaron de estar sobre los franceses, desde que volvieron á Malo-Jaroslawets para tomar en Mojaïsk el camino de Smolensk.

En Malo-Jaroslawets lo mismo que en Borodino encontraron los franceses tendidos en aquellos campos de batalla á los que en ella habían perdido la vida, ó á los que se había abandonado creyéndoles sin salvación, habiéndose dado el caso de que en Borodino se encontraran aún algunos hombres mutilados, pero vivos, á quienes se habían cerrado las heridas. Estos infelices fueron socorridos y áun alguno de ellos regresó á su patria.

La vista de estos sangrientos campos de batalla, la vista de tantos compañeros insepultos semi-devorados por los lobos que tanto abundan en Rusia, y que como los cosacos iban detrás de los franceses seguros de hacer presa, heló de espanto aquellos valientes que tan cara habían pagado en aquellos sitios la victoria, pero hasta aquí la disciplina se había mantenido, porque el frío con ser vivo no era aún insoportable, y la esperanza de llegar cuanto antes á cuarteles de invierno animaba á todos, amén de haberles probado Kutusoff y sus cosacos que desfilaban paralelamente por el lado de los



Batalla de Borodino ó de la Moskowa

franceses, siguiendo el camino que había indicado Davout, que se podía considerar perdido también en Rusia, quien se separara de las filas.

Kutusoff no iba tras de los franceses con el intento de acompañarles á la frontera, sino con la resolución formal de detenerles, de impedir su marcha cuanto fuera posible en espera de las nieves y de las heladas, por esto combatió en 1.º de Noviembre la retaguardia, y el día 3 adelantándose á los franceses les esperó en Wiasma en donde Davout, Ney y Eugenio tuvieron que hacer prodigios para abrir el paso al ejército. Napoleon ya no se cuidaba de nada, ni veía nada, como otro Asverus no pensaba sino en marchar.

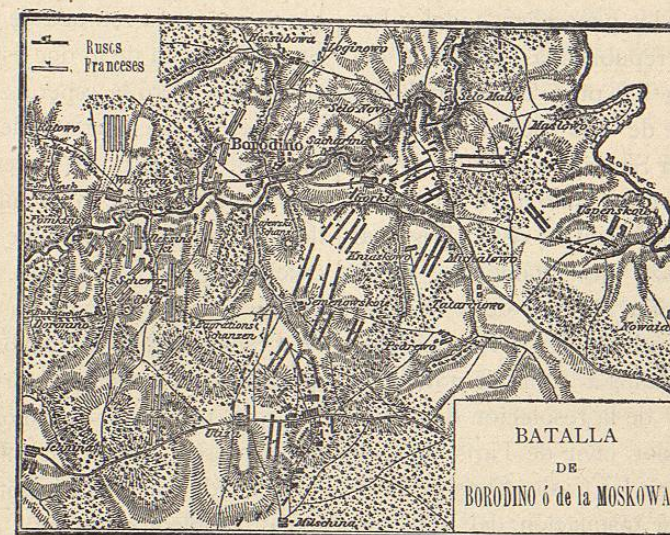
Davout, después del combate de Wiasma, tuvo que ceder á Ney el peligrosísimo honor de cubrir la retaguardia del ejército. De los setenta y dos mil hombres que constaba su cuerpo al pasar el Niemen, el día de Wiasma no tenía ya más que quince mil.

Por fin, el gran auxiliar de los rusos se presentó. El día 9 de Noviembre, la gran nieve, la nieve seca acompañada de fuertes heladas y de torbellinos de viento que cerraban el paso y rendían á los más animosos, hizo su aparición. En este día se dieron ya los franceses por perdidos. Napoleon que marchaba siempre á la cabeza del ejército, iba destruyendo é incendiando á su paso cuanto encontraba, sin pensar, que, lejos con esto de contener el avance de los rusos que no carecían de nada, se hacía imposible el avance de la retaguardia, que no encontraba ni un pedazo de leña para matar el frío de aquellas largas y horribles noches, viéndose obligado á consumir lo mismo los furgones de la artillería que los carros de los bagajes. Verdad es que con esto lo que hacía era salvarlos del enemigo, pues sin caballos ya para su arrastre era preciso abandonarles, porque ó los caballos morían de miseria faltos de forraje y sobrados de fatiga, ó se les mataba para contener los terribles efectos de la ham-

bre, que ya se habían acabado las provisiones, y por toda ración se les daba á los soldados una poca harina, que comían desleída en agua, así, al llegar á Dorogobouge, los cien mil soldados que habían salido de Moscou, habían dejado la mitad de su contingente en su retirada.

Napoleon recibió en Dorogobouge noticias espantosas. Supo que Tchitchakoff había llegado al Beresina después de destacar de su ejército un cuerpo de tropas para observar y contener á los austriacos y á los sajones poco ganosos éstos por otra parte de sacrificarse por Napoleon. Supo que Saint-Cyr

después de haber rechazado su primer ataque de Wittgenstein reforzado por las tropas de Finlandia se había visto al fin obligado á evacuar á Polotsk y la línea del Dwina replegándose detrás del Oula, con lo cual Wittgenstein y Thitchakoff podían haberse dado la mano y cerrar á Napoleon la retirada cubriendo el Beresina. Pero no eran éstas, para Napoleon, las noticias más espantosas. Las de París fueron para él las más terribles, y su relato va á aprobarnos cuán seguro estaba Napoleon de que sólo á condición de vencer siempre y en todas partes podía conservar su corona.



Supo, pues, Napoleon que Malet, un general de mérito á quien desde 1807 tenía fuera de todo servicio activo por sus firmes opiniones republicanas, le había por un momento destronado.

Malet estaba al frente de una sociedad secreta desde 1808 llamada de los *Filadelfos*,—los que aman á sus hermanos,—cuyo programa era desembarazar á Francia de Napoleon y restablecer la República. No era esta la única sociedad secreta, ni la única que tuviera dicho programa, otra existía formada por dos antiguos convencionales Florent-Guyot y Ricord, pero cuyo miembro más activo era Demaillot. Entendiéronse todos los conspiradores cuyo plan era apoderarse por sorpresa de París pero la conspiración tuvo un traidor, y sus principales miembros fueron presos, salvándose del cadalso la falta de pruebas. Esto sucedía en 1808 cuando Napoleon estaba en España. Malet fué también de los presos, y como quiera que hubiese logrado escapar y se hubiese presentado voluntariamente para salvar á su mujer al saber que estaba

presa, esto despistó un tanto la policía que no pudo llegar á averiguar el papel que en la conspiración había representado Malet. Fué pasando el tiempo y Malet logró ser olvidado, tanto que al pedir que se le dejara pasar de su encierro á una casa de curación, no se puso á ello dificultad, porque la policía estaba convencida de que Malet no conspiraba, y sin embargo, nada menos exacto, sólo que esta vez Malet para librarse de traidores conspiraba solo. En efecto, sus cómplices eran su mujer, un abate Lafon que estaba también en la casa de curación, el cabo Rateau, un tal Boutreux y un sacerdote español que prestaban su casa creyendo trabajar para la libertad de Fernando VII.

Convencido Malet, lo mismo que Napoleon, que el imperio era imposible sin su fundador ó sin que le sostuviera su grande prestigio militar, habíale todo preparado para el más audaz golpe de mano que se puede concebir. Proclamas y órdenes del Senado destituyendo la familia imperial y creando un gobierno provisional por haber muerto Napo-

poleon en Rusia, eran sus bayonetas y soldados. Armados de ellos, el 23 de Octubre, á las once de la noche se escapó con el abate Lafon de la casa de curación.

Una vez en casa del sacerdote español, se viste su uniforme de general, el cabo Rateau toma otro de ayudante y Boutreux se convierte en jefe de policía. Estos tres hombres se dirigen resueltamente á media noche al cuartel de Popincourt ocupado por una cohorte de la guardia nacional movilizada. Presentóse su coronel, entrégale Malet las proclamas y las falsas órdenes del Senado, y el coronel y su fuerza se ponen á su disposición. Con ella se dirigió á la cárcel de la Force, en donde hacía tiempo que se hallaban encarcelados los generales Guidal y Lahorie por sus opiniones republicanas, y usando del mismo artificio no sólo les puso en libertad sino que dió orden á Lahorie de que fuera á prender y llevase á la Concerjería á Savary, á Pasquier lo que cumplió, y á Guidal le ordenó que fuera á prender al ministro de la Guerra, mientras él se dirigía al Estado mayor de la plaza para apoderarse de su jefe el general conde Hullin, el héroe de la Bastilla. Hasta aquí todo había salido bien. Los hombres del imperio caían anonadados á la simple noticia de haber muerto su amo y de la resolución del Senado. Frochot, el gobernador civil de París, marchó por su orden á preparar en las Casas Consistoriales todo lo necesario para la instalación del gobierno provisional cuya base eran Moreau y Carnot; el coronel que tenía á su cargo las barreras las cerró por su orden, pero Malet se precipitó en casa de Hullin y esto hizo que en un momento se desplomara su soberbio castillo de naipes. Hullin se mostraba reacio en entregar el mando á Malet. Dudaba de la muerte del emperador y de la resolución del Senado, pero tampoco se decidía á desobedecer. Malet viendo que de prolongarse esta situación todo podía perderse, pretende de un pistoletazo sacarlo de en medio, pero Hullin sale del paso con sólo una mejilla y mandíbula destrozadas. Este pistoletazo dió á entender á los ayudantes de plaza que habían acudido que sólo podía conducirse de tal suerte un conspirador y no un jefe investido del poder legal, y se lanzaron sobre Malet á quien arrojaron al suelo, le desarmaron y prendieron. Dada la voz de alerta, en un minuto se descubrió todo, y todo volvió á su ser y estado, volviendo naturalmente á la cárcel cuantos de ella habían salido. A los pocos días Malet, Guidal, Lahorie y otros hasta el número de trece, fueron pasados por las armas.

Hé aquí las noticias que Napoleon recibió en Do-

rogobouge y que le hicieron exclamar: «¿Y bien, de haber yo muerto, no quedaban mi hijo, mi mujer y las instituciones del imperio?» En este momento de espanto y de indignación se olvidaba de que en Dorogobouge había dicho poco tiempo antes, que de no ir á Moscou no podría regresar á París, y esto que allí estaban su mujer, su hijo y las instituciones del imperio.

Napoleon abandonaba á Dorogobouge el día 6 de Noviembre después de haber ordenado á los generales de sus alas que procuraran á toda costa impedir la reunión de Wittgenstein y Tchitchakoff, pero Oudinot que había reemplazado á Saint-Cyr herido, no sólo no pudo impedirlo, sino que no le fué posible ni apoyar la retirada de Napoleon, ni mandar á Smolensk nada de lo que éste pedía para abastecer su ejército. Pero la esperanza de Smolensk, mantenía á lo que quedaba aún de éste en pie y bien que mal, pues el cuerpo de Eugenio fué cruelmente ametrallado el día 9 de Noviembre, al pasar el Vop, se llegó á Smolensk en donde esperaba á todos una cruel decepción. Ni víveres, ni vestidos de invierno, ni refuerzos de ninguna clase, cuando ya los restos del grande ejército marchaban casi sin artillería por no tener caballos para su arrastre.

Urgía, pues, salir de Smolensk en donde Kutusoff podía presentarse de un momento á otro y cerrarles la salida con los cincuenta mil soldados que aún tenía. Napoleon al salir de Smolensk el 14 de Noviembre no tenía ya más que treinta y seis mil combatientes de los cien mil que habían salido de Moscou.

Como hasta aquí tomó la delantera escoltado por su guardia, su guardia que de treinta y siete mil hombres se veía reducida, el 17 de Noviembre, á diez ú once mil hombres y esto que no había disparado un tiro durante toda la campaña. Tras él seguía Eugenio, después venía Davout y por último Ney que cerraba la marcha y formaba la retaguardia con siete mil hombres, pero como Napoleon no veía más que su conveniencia particular escalonó sus cuatro cuerpos con una marcha de intervalo de uno á otro, de modo que Ney no había de salir de Smolensk sino al cuarto día de haber salido de dicha ciudad Napoleon. Lo probable, era, pues, que dos ó tres cuerpos fueran aplastados por Kutusoff ¿pero qué importaba esto, si él podía salir ileso y salvo?

Kutusoff dejó salir el primer cuerpo, pero en cuanto apuntó el segundo, se le arrojó encima, pero Eugenio logró abrirse paso. Davout y Ney quedaban, pues, cortados. La indignación de los valientes

que se veían abandonados á los que tan heroicamente se habían portado cubriendo sus espaldas. Obligó á Napoleon á rehacer parte de su camino y gracias á un desesperado combate, 17 de Noviembre, se logró abrir el paso al cuerpo de Davout á quien ordenó Napoleon que se sostuviera sobre el terreno para apoyar la salida de Ney, pero á Davout no le era posible mantenerse con un puñado de hombres contra el ejército ruso entero de Kutusoff y aprovechó la noche para escapar cumpliendo en parte lo ordenado por Napoleon que le había dicho que no perdiera de vista la guardia, esto es, su persona. Ney, pues, quedaba remotamente abandonado á su suerte.

Ney dió vista á Krasnoe á los dos días, llevaba siete mil hombres y tenía á su frente cincuenta mil rusos. Aún así y todo atacó resueltamente para tantear una salida. Una hora duró el fuego y en una hora perdió tres mil hombres. Audaz, valiente hasta la temeridad, batiéndose con un fusil en la mano, como el último de sus soldados, se puso fuera del fuego de los rusos tomando hacia el Norte. Kutusoff viéndole cortado le envió un parlamentario con condiciones honrosas para que se rindiera. Ney retuvo con varias protestas al parlamentario hasta la noche, y apenas hubo cerrado ésta se dirigió al Dnieper. Este estaba helado. ¿Pero tendría bastante fuerza para sostener el paso de sus hombres? Ney ni siquiera se lo preguntó, ser prisionero del Dnieper ó de los rusos para él y los valientes que acudillaba, era todo igual. Llega al Dnieper y se metió por sus heladas aguas con la misma resolución que si hubiese pasado tierra firme. ¿Qué pasó durante este terrible tránsito? La piadosa oscuridad lo ocultó al mundo. Cuando Ney llegó á la otra orilla que le aseguraba su reunión con los restos del gran ejército, Ney no tenía ya á sus órdenes sino dos mil hombres y algunos cañones, y aún tuvo que combatir durante todo el día antes no logró reunirse al príncipe Eugenio, que por último Napoleon se había decidido á enviar en su auxilio. Al terminar el combate, 20 de Noviembre, Ney ya no mandaba más que á mil doscientos soldados. La salida de Smolensk había costado á Napoleon doce mil hombres, es decir en Oucha Napoleon no tenía más que veinticuatro mil combatientes. A estos seguían otros tantos desbandados, sin jefes, ni organización, y resueltos como hasta aquí á no usar de sus armas sino en su propia defensa. Napoleon resolvió restablecer el orden. Procuró regimenter esta masa; sacrificó la mayor parte de su artillería con lo que pudo poner en línea de sus seiscientos cañones y

cien piezas, y para aligerar su marcha, y también por economizar caballos destruyó sus puentes á pesar de los ruegos y súplicas de Eblé que le pedía que salvara un material que hasta aquí había salvado de todos los pasos difíciles al ejército, y esto que ahora se marchaba sobre el Beresina. Pero Napoleon esperaba encontrar en este río á Oudinot y á Víctor y no creyó tener necesidad de sus puentes. Fueron, pues, entregados al fuego, y el fuego se llevó la última esperanza de salvación del ejército. Fuera de estas destrucciones todo lo demás fué imposible de realizar. Así la marcha del ejército, que ya no formaba más que una masa confusa de hombres fué de lo más desastroso. Pero Napoleon no tenía más pensamiento que llegar á Borisoff, en donde había un puente. Borisoff al acercarse Napoleon estaba en manos de los rusos.

Cerraba Tchitchakoff el frente de marcha. Wittgenstein estaba sobre la derecha, y detrás seguía Kutusoff retrasado por el paso del Dnieper. Forzar el paso ó morir no quedaba otro recurso. En este supremo momento aparece Oudinot y arroja á los rusos de Borisoff, pero estos al retirarse incendian el puente, y como si su fuego hubiese sido capaz de derretir la masa helada del río, el deshielo que hacía días se había iniciado, se fué acentuando haciendo imposible vadear el río. Eblé se apresuró á establecer dos puentes sobre caballetes tres leguas más abajo de Borisoff en Studianka, mientras Napoleon con falsas maniobras entretenía y distraía á Tchitchakoff, y en estas tareas y maniobras hubo de perder Napoleon dos días, cuando de no haber hecho quemar sus puentes le hubieran bastado dos horas. Víctor compareció en tanto, y todos los mariscales juntos pudieron llegar á reunir treinta y tantos miles de combatientes, porque la masa de desbandados cogida de un terror pánico indescriptible, continuaba siendo irregimentable. Tchitchakoff se reunió también á los otros ejércitos rusos y resolvieron caer sobre Napoleon el día 28 de Noviembre. En la noche del 27 al 28 el destacamento que Napoleon había dejado en Borisoff fué destruído por los setenta mil rusos que avanzaban contra los setenta mil soldados nominales de Napoleon. Los rusos bajaban por una y otra orilla del Beresina. En la orilla derecha Ney que reemplazó á Oudinot herido durante el combate, logró rechazar á los rusos de Tchitchakoff gracias á los mil doscientos coraceros que Oudinot había traído. En la orilla izquierda, Víctor sostenía el empuje de Wittgenstein y Kutusoff. Pero las balas rasas y granadas de estos llegaban hasta los puentes sembrando la muerte y